

la aventura de Fraijó, este viajero en búsqueda del saber, perplejo unas veces y dubitativo otras: «Solo me resta añadir una breve información sobre el contenido del libro. Dejó escrito J.-P. Sartre: “Todo ha sido descubierto, salvo cómo vivir”. La filosofía ha sido siempre una invitación a la vida buena y, tal vez, una ayuda para lograrla. No ha ofrecido —no las tiene— recetas para instalarse en ella. Solo algunos pensadores, como Tierno Galván, aspiraban a “instalarse perfectamente en la finitud”, en la vida; es la tarea que el “viejo profesor” asignó a los “agnósticos” de nuestros días. Sin ayuda alguna de arriba, de la Trascendencia, el agnóstico debía instalarse abajo, en la inmanencia. Se trata de una opción legítima a la que, probablemente, casi todos aspiramos. También Dilthey, presente en las páginas de este libro, partió de abajo, de la inmanencia, y en ella se quedó; pero mostró sobradamente que la opción por la finitud no tiene que ser necesariamente chata ni lisa. Más bien puede ser expresión de una aceptación humilde de lo que hay. Creo que era Goethe quien aconsejaba a los buscadores del Infinito que corrieran tras lo finito en todas direcciones» (p. 12)

Y prosigue: «Pero por lo general, los filósofos que toman la palabra en las páginas siguientes supieron que no existe instalación perfecta para todos, que existen los desinstalados, los sin sitio, los errantes y los naufragos».

En un mundo como el nuestro en el que parece triunfar la cultura de la evasión y de la banalidad, el reconocimiento de que han existido y existen personas que tienen como preocupación existencial básica la reflexión, puede ser un revulsivo para la construcción de una sociedad de hombres y mujeres libres y dueños de sus propios destinos.

Posiblemente, en un mundo en el que las comunidades científicas perciben la urgencia, posibilidad y necesidad de fomentar el pensamiento interdisciplinar, la integración de científicos naturales, ingenieros, filósofos y humanistas, teólogos, economistas y cultivadores de las ciencias del espíritu (que postulaba Dilthey) no es una distracción sino una exigencia de la tarea de buscar y construir juntos sistemas interpretativos de

la realidad que den sentido global y respuesta a la gran pregunta que ya se hacía en su tiempo Inmanuel Kant: ¿qué es el hombre?

Este texto del prólogo a este volumen es un manifiesto a favor de la convergencia de pensamientos hacia respuestas a las grandes preguntas: «En lo que coinciden todos los pensadores de este libro es en su rechazo de la obviedad y en su entrega a la reflexión. Desde sus inicios, la filosofía [y aquí podríamos integrar todos los esfuerzos racionales del pensamiento humano] partió de que nada es obvio, de que en todo lo que nos circunda habitan la extrañeza y la perplejidad. Bien lo sabía Schopenhauer cuando escribió: “La vida es algo penoso; he decidido pasarla *reflexionando* sobre ella”. Algo parecido nos legó Husserl, uno de los filósofos del siglo XX que más han valorado la reflexión filosófica: “Tuve necesariamente que filosofar; de lo contrario no habría podido vivir en este mundo”. Solo cabe esperar que no sea cierta la sentencia de Fichte: “Si uno filosofa, no vive; y si vive, no filosofa”. Siempre será posible, pienso, unir vida y filosofía, pensamiento y experiencia» (p. 13).

La perspectiva multipoliédrica de los pensadores que nos presenta Manuel Fraijó, junto a otros muchos hombres y mujeres que elaboraron, elaboran y elaborarán respuestas multidisciplinares a las grandes preguntas de la humanidad siempre es necesaria. — LEANDRO SEQUEIROS

EMILIO J. J., *Después de la modernidad. La cultura posmoderna en perspectiva teológica*, Sal Terrae, Santander, 2020, 240 págs.

Probablemente no hay tema filosófico que más haya marcado el devenir de la filosofía contemporánea que el de la muerte de Dios. Desde Hegel y su modo de rendir cuentas a ese Dios ilustrado, a ese Dios del mecanicismo que queda fuera del mundo, que resulta expropiado como tema a la razón, hasta Nietzsche y su proclamación solemne (junto a la aceptación de la culpa: *nosotros lo hemos matado*), sólo ha pasado tiempo y experiencia. La experiencia filosófica del vacío que queda cuando la razón se autonomiza y se independiza, se sabe creadora y voluptuosamente productora y

en el lugar del Absoluto hace aparecer lo relativo absolutizado, ocupando su lugar, sublimando su influencia. Pero también la experiencia filosófica de la falta de sentido, del absurdo y de todo un modo ateleológico que reconduce el mundo a su nulidad fundante, y al hombre a su nuda realidad y crudo destino. Si la teología no se toma en serio este desafío del nihilismo terminará por no ponerse en serio ante la cuestión de Dios. Esta es la tesis capital de este nuevo libro con el que vuelve a sorprender a la comunidad académica el profesor de teología dogmática de la Universidad Pontificia de Salamanca, Emilio J. Justo.

Con una finura argumental impecable y con una amplitud temática tan desbordante como sugerente, *Después de la modernidad* pone negro sobre blanco los desafíos actuales de la teología profundamente imbricados con los retos contemporáneos del pensar. Aquella tesis que recorre todo el libro y que con valentía y belleza sirve para culminar la obra, se completa con el argumento que el creyente, desde la experiencia personal de Dios, la comunidad, desde la experiencia compartida, y la teología, desde la experiencia pensada, debe asumir: «quizá el Dios vivo no es el mismo cuya defunción se constata en el nihilismo» (p. 213). Porque el nihilismo es la atmósfera de esta posmodernidad que queda ahora. Nuestro ahora que es el que viene después de la modernidad. Una modernidad que ha tenido como tarea genuina la resituación de Dios, al que primero desprecia en su realidad para después convertirlo en indispensable para su sistema. Aquel Dios que puso en marcha el mundo y que lo sostuvo en su fundamento como principio, no tiene cabida en la vida del hombre *post*. El Dios de la modernidad, desplazado de la verdad de la experiencia humana, sirvió para validar la verdad del modelo de mundo que estaba científicamente construyéndose. El progreso tomó el relevo de la providencia con toda la (sobre) carga de inmanencia que arrinconó lo trascendente al desván de la irracionalidad del sentimiento, o a la privacidad de una fe que no puede tener más pretensiones que las puramente individuales en un proceso imparable de secularización (pp. 156 ss). Sin

embargo —cree Justo— aquí, en la posmodernidad a la que este Dios de la modernidad le es irrelevante, surge con más fuerza la necesidad de pensar el Dios vivo, el Dios del misterio, el Dios trinidad, el Dios amor, el Dios personal (pp.202-212).

Para que la teología pueda proponer la pretensión de verdad de la fe y ofrecer la propuesta de salvación de este Dios vivo y personal, debe hacerse cargo, primero, de esta realidad en la que se desenvuelve nuestro tiempo y que configura la cultura en la que estamos. La teología debe ponerse en serio a pensar. Y pensar en el sentido que lo ha querido hacer la mejor tradición continental del filosofar contemporáneo: dejando que la vida, la experiencia real y concreta, los contextos y problemas acuciantes, se conviertan en contenido del pensar sobre el que no podemos tomar ni distancia epistemológica (porque no podemos objetualizarlos (p.11) como si pudiéramos ponerlos a distancia en la medida en que forman parte de nuestro ser *ya siempre*) ni alejamiento real, porque están constantemente pidiendo un planteamiento y suscitándonos preguntas, cuestionando nuestra fe e interpelando nuestras vidas como creyentes.

En la posmodernidad no hay voces, sueñan ecos; no hay modelos que seguir sino símbolos de una ausencia que, en todo caso, recordar; no hay grandes construcciones que sirvan de refugio sino solares en barbecho que albergan las ruinas de lo que fue. Hecha añicos toda identidad, sustituida la verdad por la pluralidad de discursos, retomada la idea de lo social desde el individualismo que lo sustenta... ¿qué lugar tiene entonces Dios? Y, por añadidura, ¿qué papel tiene hoy la religión cuando sus postulados, fundamentalmente los propios de las religiones monoteístas, quedan radicalmente puestos en entredicho desde estas señas de identidad? Es aquí donde el profesor Emilio Justo propone los aspectos fundantes que orientan su investigación: toda la crisis de la modernidad refleja el poder absorbente del nihilismo consistente en sacar las consecuencias de un tiempo que debe vivir el *eclipse de Dios* una vez que se ha certificado su muerte. De modo que, no es que la teología solo tenga que pensar el momento

actual (por coherencia con su tarea constante de hacerse cargo de la actualidad y por fidelidad al mensaje que debe ser encarnado en cada hoy), sino que la tesis capital que sustenta este tiempo en el que vivimos es precisamente la que reta al quehacer total de la reflexión teológica, a su misma posibilidad. Es evidente, pues, que el nihilismo asume, por principio, lo que queda cuando se piensa y se vive coherentemente *etsi Deus non daretur*. Pues bien, esa apariencia del mundo sin el auxilio de lo divino, esa experiencia del abandono de Dios, no debe ser extraña a la teología. Esta es la clave.

Después de la modernidad propone, entonces, una teología que se haga permeable a las experiencias reales del pensar que no pueden ser obviadas y que tienen que ver con las mismas experiencias del nihilismo, experiencias personales que ponen sobre el tapete de la reflexión el dolor, el sinsentido y el fracaso. Ante ellas, «hay un silencio de Dios que es terrible y sobrecogedor» (p. 200), un silencio que la teología no debe dejar en sordina y que más bien es motivo para la humildad de su quehacer y para afirmarse en lo inacabado siempre de su tarea. ¿Cómo, si no, podría hacerse cargo de lo infinito esta finitud que se hace patente en la ciencia (y evidentemente también en la teología) como tarea en manos del hombre? «La imposible teología —sostiene Emilio Justo— se impone como una necesidad» (p. 198). Y es que hay experiencias humanas que, poniendo en un brete constante la presencia de un Dios salvador, se convierten en revulsivo para un pensar que asume como contenido a un Dios que no obvia el dolor y el límite existencial, sino que le da sentido pleno. El Dios que tiene enfrente el nihilismo, advierte el autor, no es el de la revelación, el de la libertad, el de la realización en plenitud de lo humano, el de la encarnación en el sufrimiento, el de la redención, el que hace morir a la muerte... Desde esta convicción, el profesor Justo va desgranando algunas de las cuestiones que intelectual y culturalmente ponen más en entredicho la legitimidad actual del quehacer teológico para descubrir, en esta línea de reflexión, no sólo amenazas reales sino auténticas oportunidades.

Después de la modernidad propone además un talante teológico renovador consistente en reflexionar, en pensar, en discernir, pero *no en juzgar* la situación actual (p. 12). Una situación que, en su propia definición como posmoderna, adolece de entidad por estar referida a la anterior, a la modernidad. La posmodernidad nos habla ya del vacío dejado por los grandes relatos omniexplicativos, del fin de los grandes proyectos, de la disolución de todo lo sólido y de la amenaza de derribo de todo pilar fundante. Es típicamente posmoderna y, a mi modo de ver posthegeliana, la idea de la quiebra de lo unitario en lo plural. En la base de esta observación —Justo lo ve perfectamente (p.124)— existe la renuencia a toda unidad cuya exposición se torna en imposición violenta, como vieron los miembros de la Escuela de Frankfurt. La violencia del concepto que elimina la posibilidad de asumir el sufrimiento de la víctima (que es siempre y solo individual, concreto, particular y nunca se deja decir por la universalidad de lo conceptual) pone la base de una posmodernidad exhausta de teoría y renuente a toda unidad. El pluralismo es garantía de tolerancia (no olvidemos que nuestro ordenamiento jurídico lo consagra como valor supremo) y principio democrático por excelencia. Pero, Emilio Justo advierte y recuerda lo que ya puso de manifiesto la primera filosofía (p.129): la pluralidad, con el disfraz del reconocimiento de las otras veces, puede degenerar en la lucha por el poder del más fuerte, en la opción irracional sin argumentación fundante.

Sobresale la capacidad de Emilio Justo para descubrir algunas de las contradicciones del humus posmoderno. Especialmente bella es la observación de cómo la libertad absoluta, la voluntad insurrecta o la potencia creadora del hombre posmoderno intentan vincularse con un naturalismo de corte neurobiológico que reconduce toda decisión a un determinismo que, curiosamente, no deja lugar a libertad alguna (p. 42; pp. 92 ss). Es de destacar la completa y profunda reflexión sobre las cuestiones relativas a la persona y a la libertad. Hay que decir que el autor es, a este respecto, un especialista reconocido teológicamente con trabajos como

Libertad Liberadora, La libertad de Jesús o La libertad. En *Después de la modernidad* se encuentran también algunos problemas de *rabiosa* actualidad intelectual, por ejemplo, la relativa a la inquietante cuestión del transhumanismo (pp. 64-76) a la que el autor le ha seguido la pista muy de cerca hasta en publicaciones muy recientes en las que Emilio Justo contrasta los postulados de la mejora humana y su idea de inmortalidad con la eternidad y resurrección cristianas que implican, necesariamente, la finitud y la mortalidad. En *Después de la modernidad* se dan cita otras cuestiones inquietantes para el pensar como las perspectivas contemporáneas de los trabajos prefijados con «neuro» (p. 48) que tienen como tarea el hallazgo de la trazabilidad de los acontecimientos personales en una manía constante por reducir lo humano a los procesos naturales que terminan anulando su dimensión espiritual y también su constitución corporal (p. 51). ¿No es esta una nueva edición de la crisis de las ciencias de las que hablaba Husserl en los años 30 del siglo pasado consistente en esclerotizar la razón, fetichizar los hechos y anular, entonces, lo que al hombre verdaderamente le importa, esto es, el sentido de su existencia? La antropología, también la teológica, debe ponerse del lado más bien de un naturalismo moderado (p. 58) que, sin renunciar a los datos de la ciencia siempre ávida de buscar la verdad, tenga en cuenta otras dimensiones de lo humano a las que abrirse y que, evidentemente, reclaman un trabajo desde una racionalidad más amplia (p. 77).

Todas estas cuestiones intelectualmente provocadoras para el pensar teológico, más todas las consiguientes secuelas socio-políticas que quedan en relación a la configuración de la religión en la esfera pública (laicidad, pluralismo religioso, democracia...) resultan expuestas en este trabajo que tiene la firme intención de sugerir nuevos caminos para los grandes retos de nuestro tiempo. Por eso muchas cuestiones se presentan como puntos de partida que dejan multitud de cuestiones abiertas que la teología no podrá por menos de abordar. Pero también, *Después de la modernidad* explicita la profunda convicción del

inestimable apoyo que la reflexión filosófica sigue teniendo para la propuesta temática, el abordaje metodológico y el planteamiento racional que permita a la teología fortalecer su estatuto de científicidad. – José Manuel Chillón

FÉLIX DUQUE, F., *Filosofía de la técnica de la naturaleza*, 3.^a edición corregida y aumentada. Abada Editores, Madrid, 2019, 544 págs.

El primer libro de veras es aquel que no puede nunca acabarse del todo, el que trata de lidiar con aquello que nos punza, y que es justificación de todo lo demás. Este libro se resiste a concluir, pues no se pueden cerrar ni clausurar los grandes temas filosóficos que acucian al hombre y que, de modo más o menos insistente, han venido acompañando al autor todos estos años: el de *habitar* esta nuestra Tierra y el de ese obstinado *arché* en que se fundan técnica y naturaleza. Estamos por tanto ante el que quizá sea el libro *más propio* de Félix Duque, aquél en que el autor reconoce que los temas que en él se abordan siguen siendo los que de alguna manera le siguen acucian-do. Es un acierto del libro la convocatoria de varios pensadores clásicos y contemporáneos que están presentes, de modo más o menos difuso, pero siempre traídos con oportunidad y eficacia a lo largo de sus páginas. Así se explicita, en su enjundioso comentario bibliográfico final donde nos revela —con el gracejo de quien muestra sus cartas de juego— algunos de sus principales referentes: Heidegger, Hegel, Kant, Nietzsche, Derrida y Marx, entre otros grandes pensadores, que Duque sabe muy bien cómo releer, interpretar y recrear en los aspectos más extraordinarios de sus obras; en ese meticuloso proceder, al que ha dado en llamar el *desmantelamiento* de los textos, por el cual, como es habitual en él, consigue internarse en los aspectos de los textos clásicos hasta alcanzar una comprensión cabal de lo que en estas formas quiere pensarse, mediante la búsqueda de las trazas y grabados superpuestos que —como en una suerte de palimpsesto— han ido dejando en ellos